

acto en que no había gozado nada, y cuyos menores detalles ahora estremecían su cuerpo. ¿Cómo volverla á ver, dónde cogerla al día siguiente y todos? Estremecióle el roce de una mujer que se deslizaba junto á él; era la percherona, la gavielladora, asombrada de que no fuese á buscarla aquella última noche. Al principio la rechazó; luego la sofocó en un abrazo; si hubiera sido la otra, la habría apretado de aquel modo, pegándose á ella hasta el desvanecimiento.

A aquella misma hora, Francisca despertándose sobresaltada, se levantó y abrió la ventana de su cuarto para respirar. Había soñado que allá abajo se peleaban. Cuando el aire la serenó un poco, le acudió la idea de aquellos dos hombres, el uno que la quería, el otro que la había cogido; y sus pensamientos, sin ir más lejos, no salían de esta idea, sin que ella juzgase ni decidiese nada. Pero aplicó el oído, y.... ¿aquello no era un sueño? Ladraba un perro en la orilla del Aigre. Pero luego se acordó; era Hilario, que desde el obscurerecer andaba dando gritos alrededor del cadáver de Palmira. Habían intentado quitarlo de allí; pero él se había resistido, mordiendo á los que se le acercaban, rehusando abandonar aquellos restos, su hermana, su mujer, su todo, y nó acababa sus gritos, que turbaban el silencio de la noche.

Francisca, temblando, escuchó mucho tiempo.

V.

—¡Con tal que la Coliche no pára al mismo tiempo que yo! —decía Elisa todas las mañanas.

Y arrastrando su enorme tripa, Elisa se pasaba horas enteras en el establo mirando con inquietud á la vaca, cuya barriga había crecido también desmesuradamente. Jamás animal alguno se había inflado hasta aquel punto. Los nueve meses cumplían precisamente el día de San Fiacro, porque Francisca había tenido el cuidado de apuntar la fecha en que la había llevado al toro. Desgraciadamente Elisa no estaba tan segura de su cuenta. Aquel hijo había sido engendrado tan tontamente, siu querer, que ella no podía saber cuándo. Pero vendría á nacer por los alrededores de San Fiacro, tal vez la víspera, tal vez el día siguiente. Y repetía desolada:

—¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo!.... ¡Sería una extorsión!.... ¡Bueno estaría!...

Querían mucho á la Coliche, que estaba en la casa hacía diez años. Habíase acabado por considerarla como una persona de la familia, y los Butean se refugiaban cerca de ella en invierno, no teniendo otra estufa para calentarse que el calor que se desprendía de ella. Y ella misma se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Francisca, á la que no podía mirar sin que los ojos se le pusieran tiernos. Lamfala con su áspera lengua, y le cogía con sus dientes suavemente las ropas para atraerla. Y no se la amaba sólo por ella, siuo también por el dinero que representaba, por la leche, por la manteca, los quesos; una verdadera fortuna que se perdería perdiendo á la vaca.

Había transecurrido una quincena después de la siega. Francisca había vuelto á emprender su vida habitual, como si nada hubiera pasado entre ella

—Pero—hizo notar Francisca—el señor Patoir prohíbe que se rompa. Dice que el agua de que está llena ayuda.

La Frimat se encogió de hombros. ¡Buen animal estaba Patoir! Y de una cuchillada rompió la bolsa. Las aguas cayeron con un ruido de exclusiva. Un momento la Coliche respiró con más facilidad y la vieja triunfó. Se había frotado la mano derecha con manteca, y la introdujo, tratando de reconocer la posición del feto, maniobrando sin apresurarse. Elisa y Francisca la miraban llenas de ansiedad. Buteau mismo, que no se había vuelto al campo, esperaba inmóvil y sin respirar.

—Siento las patas—murmuró la vieja,—pero no encuentro la cabeza. Mala señal cuando no se encuentra la cabeza.....

Tuvo que sacar la mano. La Coliche experimentó una violenta sacudida é hizo un esfuerzo tan violento, que asomaron las pezuñas. Los Buteau respiraron: les pareció que ya tenían parte de su becerro al ver salir las patas, y desde aquel momento le vieron trabajados por su pensamiento único: tirar para tenerlo en seguida, como si tuvieran miedo de que se volviera hacia adentro y no saliese más.

—Mejor sería no precipitarlo—dijo prudentemente la Frimat.—Él acabará por salir.

Francisca era de la misma opinión. Pero Buteau se agitaba, iba á tocar las patas cada tres minutos, enfadándose porque no se alargaban. De pronto cogió una cuerda larga que ató fuertemente ayudado por su mujer, tan impaciente y temblorosa como él; y como en aquel momento llegaba la mujer de Becú, atraída por la curiosidad, tiraron

todos cogidos á la cuerda, primero Buteau, luego la Frimat, la Becú, Francisca y la misma Elisa, acurrucada la última para que no le hiciesen daño en el enorme vientre, que le llegaba á la boca como se suele decir.

—¡Eh, tira!—gritaba Buteau:—¡todos á una!..... ¡Ah! el muy camello no se ha movido siquiera. ¡Ayuda, ayuda, condenado!

Las mujeres, sudorosas y sin poder respirar, repetían:

—¡Eh..... tiraa!..... ¡Ayuda, condenado!

Pero hubo una catástrofe. La cuerda, que era vieja y estaba medio podrida, se rompió, y todos fueron rodando por el suelo entre el estiércol, dando gritos y juramentos.

—¡Esto no es nada, no hay cuidado!—declaró Elisa, que había rodado hasta la pared, y á quien ayudaban á levantarse.

Sin embargo, apenas se vió de pie, tuvo un desvanecimiento y se vió obligada á sentarse un cuarto de hora; después se sujetaba el vientre; sentía de nuevo los mismos dolores que el día antes, profundos y acentuados á intervalos regulares. ¡Y ella que creía que se había aplazado! ¡Qué maldita casualidad, que la vaca no hubiese ido más de prisa y que se viera ella ahora con los dolores como si fuera á salir del paso antes que el animal! En fin, no había más remedio; estaba visto que las dos iban á parir al mismo tiempo. Elisa daba grandes suspiros que motivaron una cuestión entre ella y su marido. ¿Por qué demonios se había puesto á tirar también de la cuerda? ¿Qué tenía que ver con la barriga de las otras? Bien podía ocuparse solamente de desocupar la suya.

Ella respondía con injurias y groserías, porque sufría mucho: ¡Cochino! ¡indecente! si no le hubiera llenado el saco, no tendría ahora ella que vaciarlo.

—Todo eso—observó la Frimat—son palabras y tonterías que no conducen á nada.

Y la mujer de Becú añadió:

—Pero consuelan.

Eran las tres; esperaron hasta las siete. No se adelantó nada. La casa era un infierno. Por un lado Elisa, que se retorció en una silla, dando gritos y apretándose la barriga. Por el otro la Coliche, que no mugía, pero que se veía acometida cada vez con más frecuencia, de temblores y sudores verdaderamente alarmantes. La otra vaca se había puesto á mugir de miedo. Francisca entonces perdió la cabeza, y Buteau, jurando y blasfemando, se empeñó en tirar otra vez. Fué en busca de dos vecinos y se pusieron á tirar los seis como si fuesen á echar abajo un árbol, y con una cuerda nueva que no había miedo de que se rompiese. Pero la Coliche, destrozada, cayó de costado encima de la paja, estirada, dando resoplidos y en un estado lamentable.

—¡No sacaremos este maldito becerro!—exclamó Buteau, que estaba como loco.

Francisca cruzaba las manos en ademán suplicante.

—¡Oh, ve á llamar al señor Patoir!..... ¡cueste lo que cueste, que vayan á buscar al señor Patoir!

Ya estaba obscuro. Después de otro combate inútil salió de la cuadra, sin decir palabra y enganchó el carro.

La Frimat, que parecía no ocuparse ya de la

vaca desde el momento en que hablaron de la visita del veterinario, pensó entonces en Elisa. También era buena para partos, y todas las vecinas pasaban por sus manos. Y parecía tomarse mucho interés; no ocultaba sus temores á la mujer de Becú, la cual llamó á Buteau, que ya se disponía á montar en el carro.

—Escuchad.... Vuestra mujer no va bien. Deberíais traer también al médico.

Él permaneció mudo, con los ojos fuera de las órbitas. ¿Cómo? ¡Otra que quería morirse! ¡Pues él no tenía dinero para todo!

—Pero si yo no quiero, no quiero—gritó Elisa entre dolores tremendos.—Yo iré adelante. ¡No tenemos dinero para tirar por la ventana!

Buteau se apresuró á fustigar el caballo, y el carro desapareció á lo lejos por la carretera de Cloyes, entre las tinieblas del anochecer.

Cuando dos horas después llegó por fin Patoir, lo encontró todo en el mismo sitio, la Coliche echada de costado y dando resoplidos, y Elisa retorciéndose como un gusano, medio en la silla, medio en el suelo. Hacía veinticuatro horas que duraba aquella situación.

—Vamos á ver, ¿para cuál de las dos me llaman?—dijo el veterinario, que tenía siempre buen humor y ganas de broma.

Y en seguida, tuteando á Elisa,

—Vamos, muchacha—dijo—si no es para tí, hazme el favor de ir á meterte en la cama, que buena falta te hace.

Ella no contestó ni se fué. El veterinario estaba ya examinando la vaca.

—¡Demonio! este animal se halla en un estado

endiablado. Siempre váis á llamarme demasiado tarde..... y habéis tirado, según veo. ¡Eh! ¡Siempre lo mismo, condenados! preferís tener el becerro en dos pedazos, á esperar que venga naturalmente y como Dios manda. ¡Torpes!

Todos escuchaban con cara triste, la cabeza baja, con ademán respetuoso y desesperado; solamente la Frimat se mordía los labios con aire desdenoso y despreciativo. El veterinario se quitó el gabán, se remangó las mangas de la camisa, metió los piés del becerro, después de haberlos atado con un cordel para poder sacarlos cuando conviniere, y metió la mano derecha.

— ¡Demonio! — replicó al cabo de un momento — ¡lo mismo que suponía yo! La cabeza está doblada hacia la izquierda, y aunque hubieseis estado tirando hasta mañana no hubierais logrado nada..... Y sabed, hijos míos, que está muy malo vuestro becerro. No tengo ganas de romperme los dedos volviéndolo, porque además no conseguiría nada y lastimaría á la madre.

Francisca se echó á llorar.

— Señor Patoir, ¡por Dios, salvad nuestra vaca!..... ¡Pobrecilla Coliche, que me quiere tanto!.....

Y Elisa en medio de sus dolores, y Buteau bueno y sano y tan sensible al mal ajeno, se lamentaba, se enternecía, formulando la misma súplica.

— ¡Salvad nuestra vaca, nuestra vaca vieja, que nos da tan buena leche desde hace no sabemos cuántos años!..... ¡Salvadla, señor Patoir!

— Pero entendámonos; porque no tengo más remedio que destrozar el becerro.

— ¡Ah! bueno; ya tendrá otro.... ¡Pero salvad nuestra vaca, señor Patoir, salvadla!

Entonces el veterinario, que había llevado un gran delantal azul, hizo que le prestasen un pantalón de tela; se desnudó por completo en un rincón detrás de la otra vaca, y se puso luego el pantalón y el mandil encima, atado á la cintura. Cuando se presentó, con su cara de dogo, gordo y pequeñuelo y en aquel traje ligerísimo, la Coliche levantó la cabeza, dejó de quejarse y lo contempló, admirada sin duda. Pero nadie sonrió siquiera; de tal manera la impaciencia y el temor encogían los corazones.

— ¡Encended velas!

Hizo que colocasen cuatro en el suelo, se echó boca abajo, en la paja, detrás de la vaca que ya no podía levantarse. Por un instante permaneció inmóvil, con la nariz metida entre las ancas de la bestia. Luego se decidió á tirar del cordel y sacar de nuevo las patas del becerro, las cuales examinó atentamente. A su lado había puesto una pequeña caja larga y estrecha; se apoyó sobre su codo, y ya tocaba el bisturí cuando un gemido angustioso y profundo le asombró y le hizo sentarse.

— ¡Cómo! ¿todavía estás ahí?..... Bien decía yo que no era la vaca — exclamó dirigiéndose á Elisa.

Ésta, acometida por los dolores grandes, hacía fuerzas y empujaba, con las caderas destrozadas ya.

— ¡Demonio! ¡Véte de aquí, sal como puedas del paso, y déjame que salga yo como Dios me dé á entender del mío! ¡Me estorbas porque me pones nervioso; palabra de honor! No des gritos ahí detrás. ¡Vamos, juicio! Lleváosla vosotros de aquí.

La Frimat y la mujer de Becú se decidieron á coger á Elisa cada una por debajo de un brazo y á llevársela á su cuarto. Ella se abandonaba, porque ya no le quedaban fuerzas para resistir. Pero al pasar por la cocina, donde ardía una sola vela, exigió que dejaran todas las puertas abiertas para estar así más cerca.

Ya la Frimat había preparado la cama para el parto, siguiendo la costumbre del campo: una sábana en medio de la habitación sobre un montón de paja y tres sillas boca abajo. Elisa se echó, se espatarró acompañándose en una de las sillas, con un pie en la otra y otro en la tercera. Ni siquiera se había desnudado; sus pies se retorcián dentro de los zuecos, sus medias azules subían hasta las rodillas, y las sayas remangadas hasta la cabeza, no descubrían más que un vientre monstruoso y sus muslos gordos y blancos.

En el establo Buteau y Francisca alumbraban al veterinario en cuclillas, en tanto que Patoir, tendido otra vez en la paja, practicaba con el bisturí una sección en el costado izquierdo. Desprendió la piel y tiró, dejando aquel sitio en carne viva. Pero Francisca, pálida, desfalleciente, dejó caer la vela y escapó gritando:

—¡Pobrecilla Coliche!..... ¡No quiero ver eso! ¡no quiero ver eso!

Patoir se puso furioso, tanto más cuanto que tuvo que levantarse para evitar un principio de incendio determinado en la paja por la caída de la vela.

—¡Maldita muchacha! ¡es nerviosa como una princesa!..... ¡Nos va á ahumar como si fuésemos jamones!

Francisca, sin dejar de correr, había ido á sentarse en una silla en el cuarto donde paría su hermana, cuyos dolores y quejidos no la extrañaban, como si fuesen la cosa más natural del mundo después de lo que acababa de ver. Con un gesto rechazó la visión de aquellas carnes desgarradas, y contó tartamudeando lo que le estaban haciendo á la vaca.

— Eso no puede ser, es necesario que yo vaya — dijo de repente Elisa, — quien, á pesar de sus dolores, hizo un esfuerzo para levantarse de entre las tres sillas.

Pero la Frimat y la Becú enfadadas la tenían á la fuerza en su sitio.

— Vamos, ¿queréis estaros quieta? ¿qué demonios tenéis en el cuerpo?

Y la Frimat añadió:

— ¡Bien! también vos vais á romperos ahora.

Y en efecto, las aguas habían salido con violencia, y empaparon en un momento la sábana y la paja, y los últimos dolores expulsivos comenzaron á ser furiosos. El vientre, desnudo, empujaba á pesar suyo la hinchazón como si fuera á romperse, en tanto que las piernas, metidas en sus medias azules, se replegaban y se abrían con un movimiento inconsciente, parecido al de la rana cuando va á zambullirse en el agua.

— Vamos — replicó la Becú, — para tranquilizaros iré yo á ver qué pasa y os traeré noticias.

Desde aquel momento no hizo más que correr de la alcoba al establo, y hasta para ahorrarse carreras daba las noticias á grito pelado desde la puerta de la cocina. El veterinario continuaba su operación en medio del estiércol empapado en san-

gre; una operación penosa y sucia, de la que saldría endiabladamente manchado desde los pies á la cabeza.

—Esto va bien, Elisa—gritaba la Becú.—Empujad sin miedo..... Ya va saliendo; ahora van á arrancar la cabeza..... Ya la tiene..... ¡anda, anda, qué cabeza tenía el demonio del becerro!..... Ya se acaba..... ahora sale todo el cuerpo como si fuese una masa.....

Elisa acogía cada frase relatando la operación, con un suspiro desgarrador, y no se sabía si sufría por ella misma ó por el becerro.

De pronto apareció Buteau con la cabeza que le quería enseñar. Aquello fué una exclamación general.

—¡Oh! ¡qué becerro tan hermoso!

Ella, sin cesar de trabajar, empujando cada vez con más fuerza, con los músculos en tensión, los muslos hinchados, parecía presa de una desesperación inconsolable.

—¡Dios mío! ¡qué desgracia!..... ¡Oh! ¡qué hermoso becerro, Dios mío!..... ¡Qué desgracia! ¡un becerro tan hermoso como nunca habíamos visto!

Francisca se lamentaba igualmente, y las lamentaciones se volvieron tan agresivas, tan llenas de reticencias hostiles, que Patoir se ofendió. Acudió á la alcoba, aunque por decencia se detuvo en la puerta.

—Oid, yo os lo advertí á tiempo..... Me suplicasteis que salvara la vaca..... ¡Yo os conozco mucho, bribones! ¡No vayáis á contar por ahí que yo os he matado el becerro, eh!

—No, no por cierto—murmuró Buteau, vol-

viendo al establo con él;—pero, en fin, la verdad es que vos lo habéis hecho pedazos.

En el suelo, Elisa, tendida entre las tres sillas, sentíase por todo el cuerpo un escalofrío que le arrancaba de los costados y recorría sus muslos incesantemente y como si se le fueran á abrir las carnes.

Y Francisca, que en su desolación no había visto nada hasta entonces, se quedó bruscamente estupefacta, en pie delante de su hermana, cuya desnudez le parecía recrudecida y monstruosa por la figura que hacían las piernas abiertas y en medio la enorme bola del vientre hinchado. Todo aquello era tan inesperado, tan desfigurado, tan enorme, que ni siquiera le dió rubor. Jamás se hubiera podido imaginar una cosa semejante; parecía la boca de un enorme tonel desfondado, la ventana abierta de un pajar sombreado por una maleza espesa y muy negra. Luego, cuando observó que otra bola más pequeña, la cabeza de la criatura, salía y entraba á cada nuevo esfuerzo, en un perpétuo juego de escondite, se sintió acometida de unas ganas de reír tan violentas que tuvo que toser para que no sospecharan que tenía mal corazón.

—Un poco de paciencia todavía—declaró la Frimat.—Esto ya viene.

Se había arrodillado entre las piernas, observando á la criatura y dispuesta á recibirla. Pero andaba bromeando, como decía la Becú; hubo un momento en que se marchó del todo como si no pensara volver á salir. Entonces solamente se arrancó Francisca á la fascinación de aquel agujero que tanto la intrigaba, y sintió cierta turbación extraña que le hizo acercarse á su hermana y

cogerle la mano y compadecerse y volver su vista á otra parte.

—¡Pobre Elisa! ¡cuánto sufres!

—Sí, sí, y nadie me compadece..... Si me compadecieran..... ¡Ay! ¡ay! ¡otra vez! ¿No acabará de salir nunca?

La cosa podía durar largo rato todavía, y en eso estaban pensando cuando se oyeron voces que salían del establo. Era Patoir que asombrado de ver que la Coliche se agitaba y se quejaba todavía, había sospechado la presencia de un segundo becerro; y en efecto, metiendo bien la mano había sacado uno, sin dificultad ninguna esta vez, como quien saca un pañuelo del bolsillo. Su alegría de hombre gordo y bromista fué tan grande que, olvidó la decencia y acudió á la alcoba de la parturiente llevando al becerro en brazos y seguido de Bateau que también bromeaba.

—¡Eh, amigas! ¡queríais uno, no es verdad? Pues aquí está ya.

Y reventaba de risa, envuelto en su delantal y casi desnudo, con el cuerpo lleno de estiércol y llevando en los brazos al becerro mojado todavía. El bueno del veterinario parecía borracho.

En medio de la aclamación general, Elisa al verlo fué acometida de un acceso de risa irresistible, interminable.

—¡Oh! ¡que raro está! ¡oh! ¡qué barbaridad hacerme reír así!..... ¡Oh! ¡ay! ¡ay! ¡Cómo me duele!..... ¡Me muero!..... ¡No, no me hagáis reír más, ó me muero!

La risa hervía en el fondo de su abultado pecho, descendía al vientre y allí rujía como un viento de tempestad. Estaba sin poderse mover, y la ca-

beza de la criatura había recobrado su movimiento de adentro á afuera como una pelota que rebota, disponiéndose á partir como un rayo lanzado contra la pared.

Pero el colmo fué cuando el veterinario, después de colocar el becerro delante de sí, quiso secarse con el revés de la mano el sudor que le inundaba la frente. Se llenó todo de un rastro de estiércol y sangre; todos se desternillaban de risa, y la parturiente se sofocaba dejando escapar gritos agudos parecidos al cacarear de una gallina al poner un huevo.

—¡Me muero, acabad! ¡Maldito bufón, que me hace reír como una local!.... ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, voy á reventar!.....

El agujero obscuro se agrandó todavía más, hasta el punto de que la Frimat, que seguía arrodillada, parecía en peligro de desaparecer por él; y de un golpe, como si aquella fuese una mujer-cañón, la criatura salió, roja, con las extremidades muy pálidas. Oyóse solamente el ruido de agua que produce al vaciarse una gran tinaja. Luego el recién nacido empezó á chillar, en tanto que la madre con sacudimientos nerviosos reía cada vez más. Por un lado chillidos y por el otro risotadas. Y Bateau se golpeaba los muslos, la Becú se sujetaba los costados, Patoir reía como un loco, y hasta la misma Francisca, á quien su hermana había destrozado la mano en su último esfuerzo, satisfacía á su antojo la contenida curiosidad contemplando aquello que le parecía una verdadera catedral donde debía caber todo el cuerpo del marido.

—Es una niña—declaró la Frimat.

—No, no—dijo Elisa,—no quiero, quiero un muchacho.

—Pues entonces, te la vuelvo á meter y mañana haces un chico.

Las risotadas volvieron á comenzar. Luego la parturiente, que poco á poco iba calmándose al ver allí al becerrillo, dijo:

—¡El otro era muy hermoso..... y además hubiéramos tenido dos!

Patoir se marchó después de hacer beber á la Coliche dos litros de vino con azúcar. En la alcoba la Fimat desnudó y acostó á Elisa, en tanto que la Becú, ayudada por Francisca, quitaba la paja con una escoba. En diez minutos todo quedó en orden, nadie hubiese sospechado que acababa de haber un parto, á no ser por los lloros de la recién nacida, á la cual estaban lavando con agua templada. Poco después de metida en su envoltura fué poco á poco calmándose, y la madre, rendida, se durmió con pesado sueño, con la cara congestionada, casi negra, resaltando sobre el embozo de la sábana de tela morena.

A eso de la media noche, cuando las dos vecinas se hubieron marchado, Francisca dijo á Buteau que lo mejor que podía hacer era ir á descansar un rato al pajar. Ella había echado un colchón en el suelo con objeto de pasar la noche en la alcoba de su hermana. Él no contestó, y acabó de fumar silenciosamente la pipa. Reinó una profunda calma, en medio de la cual sólo se oía la fatigosa respiración de Elisa. Luego, cuando Francisca se arrojaba en el colchón al pie mismo de la cama en un rincón, Buteau, que continuaba silencioso, se levantó y la derribó violentamente, cogiéndola por

detrás. Ella se volvió y lo comprendió todo en un instante, al ver su cara enrojecida y descompuesta.

Sentíase acometido de los mismos deseos otra vez; no había renunciado á poseerla, y era preciso que sus deseos fueran bien vehementes para que se acordase de ellos allí, al pie mismo de la cama de su mujer, después de escenas nada halagüeñas por cierto. Ella le rechazó y le hizo caer al suelo. Hubo una lucha sorda, jadeante.

Él con la voz entrecortada murmuraba:

—Vamos, ¿qué te importa?..... ¿Acaso no sirvo para las dos?

Ella conocía bien y sabía que no gritaría. Y en efecto, Francisca se resistía sin hablar palabra, demasiado orgullosa para llamar á su hermana, no queriendo que nadie, ni aun ella, se mezclase en sus cosas. El la ahogaba y estaba á punto de vencerla.

—¡Sería eso tan buenol..... Puesto que vivían juntos, no habría que separarse nunca más.....

Pero se oyó un grito de dolor. Silenciosamente ella le había clavado las uñas en el cuello; él, furioso entonces, hizo alusiones á Juan.

—¡Si te has creído que te vas á casar con ese cochino, te equivocas..... mientras no seas mayor de edad!

Esta vez, como él la violentaba por debajo del vestido con mano brutal, ella le dió un puntapié tal en el bajo vientre, que Buteau rugió de dolor. De un salto se puso en pie, asustado, mirando á la cama. Su mujer dormía tan profundamente que ni siquiera se había movido. El se marchó haciendo un gesto terriblemente amenazador.

Cuando Francisca se hubo echado en el colchón, en medio de la tranquilidad que reinaba en la alcoba, permaneció con los ojos muy abiertos. No quería; jamás dejaría que se lo hiciesen, aunque tuviese deseos. Y se admiraba, porque la idea de que se podía casar con Juan no se le había ocurrido nunca.

VI.

Desde hacía dos días Juan estaba ocupado trabajando en las parcelas que tenía Hourdequin cerca de Rognes, y donde éste había instalado cierta máquina agrícola de vapor, alquilada á un industrial de Chateaudun que la paseaba desde Bonneval á Cloyes. Con su carro y sus dos caballos el joven llevaba las gavillas á las eras cercanas, y luego llevaba el trigo á la granja, en tanto que la máquina, dando resoplidos desde por la mañana hasta por la noche, llenaba el campo de enormes y continuos ronquidos.

Juan estaba malo, rompiéndose la cabeza buscando cómo volver á poseer á Francisca. Hacía precisamente un mes que la había conseguido allí mismo, entre aquellos trigos que estaban segando, y siempre se escapaba llena de miedo. Juan desesperaba de conseguirla nunca más, y por lo mismo era el suyo un deseo creciente, una pasión avasalladora, enloquecedora. Mientras guiaba las caballerías, se preguntaba que por qué no había de ir derecho á casa de los Buteau para pedir sin ambages á Francisca en matrimonio. Nada todavía le había hecho romper con ellos de una manera os-

tensible y definitiva. Los saludaba al pasar por la casa, y si dejaba de entrar era obedeciendo á un simple escrúpulo de muchacho cogido en falta. Tan pronto como esa idea del matrimonio se le apareció como único medio de poseer á la muchacha, se persuadió de que aquel era su deber y de que sería un mal hombre si no se casaba con ella.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Juan volvió al trabajo, le acometió el miedo. Jamás se hubiera atrevido á dar aquel paso si no hubiese visto á Francisca y á Buteau que se iban juntos á trabajar en el campo. Pensó que Elisa siempre le había estimado y que temblaría menos delante de ella, y se escapó un momento, después de haber confiado las caballerías á su compañero.

—¡Hola! ¡sois vos Juan!—exclamó Elisa, que ya estaba levantada después del parto. Ya no se os ve. ¿Qué pasa?

Él se excusó. Luego, apresuradamente, con la brutalidad propia, abordó el asunto; y tan torpemente, que al principio pudo creer que se trataba de una declaración á ella, porque empezó á recordarle que la había amado y que de buena gana la hubiese hecho su esposa. Pero en seguida añadió:

—Por lo cual también me casaría con Francisca si me la diesen.

Elisa le miró tan sorprendida, que él, turbado, empezó á tartamudear.

—¡Oh! Ya sé yo que estas cosas no se hacen así.... Por eso no quería más que hablar de ello.

—¡Diablo!—respondió ella;—me sorprende á causa de la diferencia de edades que hay entre vosotros, y por eso no me lo esperaba.... En primer lugar, habría que saber lo que piensa Francisca.